

Rogério Sousa, Maria do Céu Fialho, Mona Haggag, Nuno Simões Rodrigues (coord.), *Alexandrea ad Aegyptum. The Legacy of Multiculturalism in Antiquity*. Porto, Edições Afrontamento, 2013.

MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ¹³ (*Universidad de Málaga — España*)

Alejandro de Egipto, la más universal y cosmopolita de todas las Alejandrías, es el objeto de estudio de este interesante volumen elaborado por especialistas de Portugal y Egipto, libro dedicado a la que fue ciudad de los libros. Su Biblioteca, como recuerda en las páginas iniciales su actual director, Ismail Serageldin, no fue un mero repositorio de rollos de papiro, sino un centro de aprendizaje y excelencia cuyo legado sigue vivo.

No son seguras las informaciones sobre el incendio de la Biblioteca durante la Guerra Alejandrina ni sobre la responsabilidad de César en el desastre, en el asedio a la ciudad del año 47 a.C., pero ninguno de los colaboradores del volumen suscribiría las estoicas y desabridas palabras de Séneca: “Cuarenta mil libros ardieron en Alejandría; que otro alabe el más bello monumento de la opulencia real (*pulcherrimum regiae opulentiae monumentum*), como Livio, que dice que fue obra insigne de la elegancia y preocupación de los reyes. No fue aquello elegancia (*elegantia*) o preocupación (*cura*), sino lujo literario (*studiosa luxuria*), y ni siquiera literario, ya que lo habían dispuesto no para la literatura sino para el espectáculo, tal como muchas veces entre gente ignorante, incluso los libros para aprender a leer, no son instrumentos de estudio sino adorno de los salones”¹⁴. *Que otro alabe el más bello monumento...*; pues bien, eso hacen todos los especialistas reunidos en el volumen que paso a reseñar.

En un primer bloque (I: ALEXANDRIA, A CITY OF MANY FACES) se recogen cuatro trabajos que nos aproximan a la legendaria ciudad. En el primero de ellos (Maria de Fátima Silva, “On the trail of Alexandria’s Founding”) encontramos un repaso por las fuentes griegas que informan sobre el conocimiento, ya antiguo, que los helenos tenían de Egipto (testimonios de Heródoto, especialmente) y, ya más en concreto, sobre la fundación de Alejandría, sirviendo en este caso de base los textos de los biógrafos

¹³ martagzlez@uma.es.

¹⁴ Séneca, *Tranq.* 9.5. Traducción de Carmen Codoñer, *L. Anneo Séneca, Diálogos*, Madrid, 1984.

de Alejandro (Plutarco y especialmente Pseudo-Calístenes). La profesora Maria de Fátima Silva describe en términos muy evocadores el casi mítico momento y los presagios que lo acompañaron, además de detallar los más prosaicos pormenores del diseño urbanístico de la ciudad. El propio Alejandro indicó qué dirección debían seguir las calles, perpendiculares a la costa, según cuenta Diodoro Sículo, “para aprovechar la frescura de los vientos etesios”. Se cierra el capítulo recordando cómo Ptolomeo, sucesor de Alejandro, llevó a Alejandría los restos del general en un sarcófago de oro: “Known as Sema ‘the memorial’, Alexander’s tomb remains in the heart of the city he founded, with those that brought Alexandria development, magnificence and eternity”. Un detalle biográfico muy acorde con la antigua tradición griega.

Las fuentes latinas sobre Alejandría son comentadas en otro capítulo (Maria Cristina de Sousa Pimentel, “Representations of Alexandria in Classical Latin Literature”). La autora, que por supuesto cita el conocido pasaje de Séneca recogido más arriba, dedica unas páginas muy bien estructuradas a las siguientes informaciones que los autores latinos ofrecen sobre Alejandría: descripción de la ciudad (“perla” de todas las ciudades para Amiano Marcelino); maravillas alejandrinas (el Faro y la Biblioteca, sobre la que hay más opiniones que la de Séneca y mucha controversia sobre las circunstancias del incendio que la destruyó); el carácter de los alejandrinos (el típico del Otro: *aptissimi ad prodicionem, fallax, semperque alia cogitantem alia simulantem*); relaciones con Roma (información debida sobre todo al desconocido autor del *Bellum Alexandrinum* y al *Bellum Civile* de César); lo que Roma obtiene de Alejandría (esclavos y trigo en gran cantidad, pero también la ciudad ofrecía, por su clima, un lugar saludable en el que Séneca llegó a pasar varios años recuperándose de una enfermedad); lo que los alejandrinos obtenían de Roma (en este caso la información no se obtiene de los textos literarios sino de la arqueología y la epigrafía: los romanos contribuyeron, claro está, a la construcción de edificios públicos y templos); finalmente, el atractivo ejercido por Alejandría y Egipto sobre los romanos (entre los ejemplos citados por la profesora Pimentel, recuerdo al culto emperador Adriano, que evocó la belleza de Egipto en su *uilla* del Tíbur).

Otros dos capítulos completan este primer bloque, uno sobre la dinastía de los Ptolomeos y otro sobre la legendaria Cleopatra VII. En el primero (José Das Candeias Sales, "The Ptolomeis: An unloved and unknown Dynasty. Contributions to a different perspective and approach") una elocuente tabla cronológica muestra cómo la dinastía de los Ptolomeos, en el poder durante 275 años, fue la más duradera de las que reinaron en Egipto, del mismo modo que el Ptolemaico fue el más duradero entre los reinos helenísticos que siguieron a Alejandro. Fueron casi trescientos años desde Ptolomeo I Soter hasta la muerte de Cleopatra VII, un periodo extenso pero muy desigual históricamente, lo cual, en opinión del autor, ha desdibujado los logros de los Lágidas. El estudio del Profesor Das Candeias diferencia entre tres periodos, a grandes rasgos identificados con cada uno de los siglos de mandato Lágida: el siglo III, caracterizado por la afirmación de la dinastía; el siglo II, desgarrado por sediciones y rebeliones; el siglo I, que vio la intervención directa de Roma en los asuntos de Egipto. La dinastía Lágida es reivindicada no como un elemento de ruptura con el glorioso pasado de los faraones, sino como una parte, brillante y gloriosa, de la historia egipcia.

Llegamos al final de este bloque con el capítulo dedicado a Cleopatra (Nuno Simões Rodrigues, "Amimetobiou, the one 'of the Inimitable Life: Cleopatra as a Metaphor of Alexandria in Plutarch"). Con una referencia al celebrado libro de Edward W. Said, *Orientalismo*, de cuyos presupuestos hermenéuticos parte, el profesor Simões ofrece una aproximación a la figura de Cleopatra VII tal como la describe Plutarco en la *Vida de Antonio*. Ella es metonimia de Alejandría, y tomándola como excusa, se construye un Oriente femenino contrapartida del masculino Occidente. Es interesante comprobar cómo a la lista de cualidades negativas de la soberana (lujuria, ociosidad, engaño, empleo de la magia...) se une una característica positiva, la erudición, para que nada falte en esa identificación de Cleopatra con la ciudad de los libros. Sin embargo, y como era de esperar, que Plutarco diga que la reina lágida hablaba siete lenguas es poco adorno para quien, mujer al fin, empleaba el lenguaje para manipular y engañar.

En un segundo bloque (II. THE MULTICULTURAL EXPERIENCE IN ALEXANDRIAN ARTS AND SOCIETY) encontramos cinco capítulos en los que se reflexiona sobre el carácter cosmopolita y multicultural de la ciudad fundada por

Alejandro. En el primero (Mostafa El-Abbadi, "Alexandria's Revolutionary Role in North-South Navigation and Trade") se destaca la importancia de las campañas de Alejandro para el conocimiento de las fabulosas posibilidades comerciales de la India que los marinos alejandrinos y los comerciantes egipcios supieron aprovechar en medio de circunstancias cambiantes.

El universalismo del arte de Alejandría es el objeto de siguiente capítulo (Mona Haggag, "Cosmopolitan Trends in the Art of Ptolemaic Alexandria"). El esplendor de la ciudad con los primeros Ptolomeos atrajo a gentes de diversos países, razas, culturas y lenguas, hecho que inevitablemente se reflejó en el arte de la época. De este capítulo cabría destacar dos ideas. La primera, que la visión tradicional que hablaba de una dualidad en los estilos oficiales del arte ptolemaico (griego en Alejandría y otras ciudades griegas como Náucratis y Ptolemais; egipcio para el resto del país), dualidad que se habría mantenido durante el primer siglo desde la fundación de la ciudad, ha sido puesta en duda por excavaciones y descubrimientos recientes que sugieren más bien una fusión de estilos ya desde los inicios. La segunda idea importante es la aparición en las artes plásticas de representaciones realistas ("people from the street", esa gente de la calle como la que aparece en el *Idilio XV* de Teócrito, al que más adelante me referiré). Así, encontramos figuras deformes, borrachos, personajes de edad avanzada, esclavos...

Dada la importancia, desde todos los puntos de vista, de los usos funerarios (por sus implicaciones sociales, artísticas, religiosas...), no podía faltar en este volumen un estudio sobre la necrópolis de Alejandría (Kyriakos Savvopoulos, "The Polyvalent Nature of the Alexandrian Elite Hypogea: a Case Study in the Greco-Egyptian Cultural Interaction in the Hellenistic and Roman Periods"). En este capítulo se estudia el hipogeo, una construcción muy característica de la Ciudad de los Muertos alejandrina y para la que se han buscado antecedentes en modelos macedonios; han sido pocos, en cambio, los intentos de buscar un origen en la propia tradición egipcia. El autor se decanta por acercarse a esta peculiar y característica construcción entendiéndola estrictamente como "alejandrina", nacida de la interacción entre arte, arquitectura, religión e ideología real griega y

egipcia. Un proceso continuo de adaptación al que más adelante se incorporarían también elementos romanos.

La siguiente contribución nos acerca a otro componente más del mosaico étnico que fue Alejandría: el pueblo judío (Delfim F. Leão, “Identity and Cosmopolitanism: The Jewish *Politeuma* of Alexandria”). La pregunta que se plantea el autor de este capítulo es hasta qué punto, en la ciudad fundada por Alejandro, caracterizada por la interacción de culturas, como se viene demostrando a lo largo de las páginas de este volumen, podía desenvolverse una comunidad tan poco dada a perder sus contornos como era (es) la judía. Las fuentes antiguas, según desvela el profesor Leão, hablan de una cierta comprensión por parte de Alejandro hacia las leyes propias de los judíos, incluso en algunos casos se le considera benefactor de dicha comunidad. Esa actitud la mantuvieron los primeros Lágidas y, al menos, parece seguro que la famosísima traducción al griego de la *Torah* (la conocida como *Septuaginta*), realizada bajo los auspicios de Ptolomeo II, alcanzó rango de ley equivalente a los *nomoi* griegos y garantizó a los judíos vivir de acuerdo con sus leyes, siempre y cuando no entraran en conflicto con la autoridad real.

El último capítulo de este bloque (Luísa de Nazaré Ferreira, “Festive Alexandria: Mobility, Leisure, and Art in Hellenistic Age”) ofrece nuevos ejemplos de la animación y atractivo cultural que caracterizó a Alejandría. Así, al hilo del *Idilio XV* de Teócrito, *Las Siracusanas*, la profesora Ferreira comenta cómo las protagonistas del idilio asisten a una fiesta en honor de Adonis en el palacio real y admiran los tapices allí expuestos, así como la imagen del bello dios. Como señala la autora, la exposición pública de obras de arte no es algo que se inaugure en época helenística, pero el hecho de viajar para satisfacer el deseo de ver esas obras con los propios ojos sí se convierte ahora por primera vez en práctica común. Muy interesante también en este capítulo es la propuesta de identificación de una escultura, admirada en este caso por otras dos mujeres, las protagonistas del *Mimo IV* de Herodas, y que representa a un niño intentando estrangular a un ganso; del famoso original griego se conservan numerosas copias romanas y la autora centra sus pesquisas en cinco de ellas. Se señala también en estas páginas uno de los rasgos distintivos del arte helenístico al que ya he tenido ocasión de aludir: el realismo de sus obras.

A continuación entramos en un nuevo bloque destinado al estudio de algunos destacados autores alejandrinos (III. MUSES, BOOKS, AND SCHOLARS). El primer capítulo está dedicado a *Las argonáuticas* (Maria do Céu Fialho, "Apollonius of Rhodes and the Universe of the *Argonautica*"). Señala su autora cómo el que fue bibliotecario de Alejandría, Apolonio de Rodas, compuso un poema a contracorriente de los gustos de la época. Sin embargo, el poeta mostró una habilidad excepcional tanto para modelar los caracteres de los personajes como para desplegar su erudición al hilo de la trama. El viaje de los marineros de la Argos le da pie para explorar numerosos motivos: profecías, cultos, toponimia, fundación de ciudades. Aporta además la profesora Fialho claves para interpretar algunas de las incógnitas que plantea la ruta seguida por la expedición: el viaje de los Argonautas permite establecer conexiones entre el pasado mítico y el nuevo mundo, representa también una ruta desde los límites del mundo helenizado hacia el mundo mítico "en el sentido de que viajar es dominar el camino y sus peligros inherentes, sus novedades y aventuras".

Calímaco es otro protagonista esperable en un repaso por los grandes nombres de la época (Marta Várzeas, "Callimachus and the new paths of Myth"). El capítulo se centra en los *Himnos* compuestos por este poeta erudito, excelente representante del *arte allusiva* de esta edad y buen conocedor de Homero, Hesíodo, Baquilides o Píndaro. En concreto, la profesora Várzeas señala el modo en el que el *Himno a Ártemis* incluye numerosas alusiones a diversos pasajes de la *Ilíada*. En relación con el empleo del mito en los himnos por parte de Calímaco, es muy interesante el pasaje rescatado por la autora al final del capítulo, un fragmento de yambo en el que el poeta hace volver del Hades a Hiponacte y pone en su boca una referencia poco amable hacia Evémero. Este texto sería un indicio del poco interés de Calímaco por las interpretaciones racionalistas del mito: el poeta, por erudito que sea, no debe interpretar los mitos, sino contarlos e inventar nuevas historias.

Del bien conocido Calímaco pasamos a "un oscuro poema", τὸ σκοτεινὸν ποίημα (Jorge Deserto, "Tradition and Identity in Lycophron"). La *Alexandra* de Licofrón es, ciertamente, un poema oscuro. Como señala el autor de este capítulo, los datos sobre Licofrón, un autor de la pléyade alejandrina, parecen seguros y sitúan su nacimiento en torno al 330-320 a.C.

Sin embargo, ciertos pasajes de su poema parecen aludir a sucesos que supondrían el conocimiento de hechos muy posteriores. El profesor Deserto señala, tras repasar las disputas entre los modernos comentaristas, que no hay que perder de vista que, aunque sea de forma no intencionada, corremos el riesgo de identificar lo que en la *Alexandra* sólo son alusiones con hechos reales que conocemos desde nuestra privilegiada posición actual. Señala sobre todo que el carácter enigmático de la obra es plenamente intencionado. Otro problema al que se dedica gran parte del capítulo es el del género al que pertenece la obra, intentando rastrear en ella los hilos que puedan conectarla al antiguo drama.

De los poetas a los historiadores, pero sin abandonar la animada y culta Alejandría de los primeros Ptolomeos, el siguiente capítulo se ocupa de Manetón (Luís Manuel de Araújo, “Manetho and the History of Egypt”). Según Plutarco, Manetón, sacerdote egipcio, redactó en griego una historia de Egipto por encargo de Ptolomeo II. Esa historia (*Aegyptiaca*) y la periodización del Egipto faraónico en treinta dinastías sigue en uso hoy día entre los egiptólogos. Desgraciadamente perdida, la obra de Manetón es conocida por las citas de autores posteriores, en primer lugar Flavio Josefo. Este capítulo se centra en el detallado análisis de las fuentes con las que contó Manetón, en la reconstrucción que puede hacerse, a partir de las citas posteriores, de la cronología presentada por este autor y en el estudio de las omisiones e intencionalidad de su obra. En relación con el enfoque que vertebra todo el volumen que estoy reseñando, me parece del mayor interés la consideración con la que se cierra este capítulo: a pesar de la fuerte conciencia y conocimiento de su propio pasado que tenían los antiguos egipcios, no habían llegado a desarrollar una verdadera historiografía; fue Manetón, gracias a su cultura bilingüe, a su condición de *alejandrino*, el primero en aplicar a las fuentes egipcias en las que basó su obra la perspectiva historiográfica aprendida de los griegos.

El siguiente capítulo se centra en Filón de Alejandría, los sofistas y la retórica (Manuel Alexandre Jr., “The Alexandria of Philo in Philo of Alexandria”). Alejandría es la única ciudad a la que Filón se refiere como *μεγαλόπολις*, término con el que normalmente alude al cosmos. Este autor, se

señala en este capítulo, nos ayuda a conocer mejor los inicios de la Segunda Sofística, incluso a situar su nacimiento ya en los albores del siglo I.

El último capítulo de este bloque (Jorge Nuno Silva & Helder Pinto, “The *Elements* of Euclides: the cornerstone of Modern Mathematics”) está dedicado a la figura de Euclides y a su libro *Elementos*, “la principal obra de referencia en matemáticas durante dos milenios”. Del autor nada se sabe, aunque se asume que enseñó y escribió en el Museo y en la Biblioteca de Alejandría. Su obra, copiada desde entonces, sólo fue superada en número de ediciones por la Biblia y se tradujo a incontables lenguas.

La sección cuarta del volumen continúa explorando el carácter cosmopolita de la ciudad pero atendiendo también a los procesos de transición cultural que la afectaron (IV TRADITION IN TRANSITION). En el primer capítulo de este bloque (Alexandra Diez de Oliveira, “Zeus Kasios or the *interpretatio graeca* of Baal Saphon in Ptolemaic Egypt”) la autora muestra cómo el culto a un Zeus *Kasios* en el Egipto Ptolemaico se explica por el cruce entre una divinidad griega, Zeus, y una autóctona, originaria de Ugarit, Baal Saphon, una fusión que se vio facilitada por la relación de las dos divinidades con montañas míticas (Olimpo y Saphon, respectivamente) y con los fenómenos atmosféricos.

En el contexto de una Alejandría multicultural se asiste, quizá por primera vez, a la “traducción” de la tradición egipcia, poco interesada hasta entonces en su expansión cultural (Rogério Sousa, “‘Lost in translation’: The Hellenization of the Egyptian tradition”). El complejo proceso abordado en estas páginas iría desde una helenización de la tradición egipcia (adopción de la lengua e iconografía griegas) al empleo de los métodos filosóficos griegos para expresar la teología y sabiduría egipcias. La tradición hermética es también analizada desde este punto de vista: un contenido egipcio expresado mediante el discurso filosófico griego. En cuanto a Serapis, divinidad universal y sincrética, su culto comenzó entre los reinados de Ptolomeo II y Ptolomeo III y el Serapeum, uno de los monumentos principales de la antigua Alejandría, se distinguió de los templos egipcios autóctonos por su carácter multicultural.

Serapis es también el objeto del siguiente capítulo (Alla B. Davydova, “Was Sarapis of Alexandria a multicultural God?”). Aunque esta divinidad

suele ser vista como una “invención” de Ptolomeo I para unir a griegos y egipcios, en estas páginas se plantean las dificultades de identificar el origen social y étnico de los devotos de Serapis y se defiende la enorme separación entre griegos y egipcios en el Egipto helenístico, especialmente en Alejandría, además del carácter no homogéneo de los unos y los otros.

Otra divinidad, Isis, es estudiada a continuación, en concreto, su aceptación en Roma (Cláudia Teixeira, “The Cult of Isis in Rome: Some aspects of its Reception and the Testimony of Apuleius’ *Asinus Aureus*”). Se repasan en este capítulo los momentos clave de la recepción del culto de Isis en Roma, desde su rechazo en los inicios del Imperio hasta el interés de los Flavios por los cultos egipcios, deseosa dicha dinastía de consolidar su imperio mediante la divinización en vida del emperador. Para iluminar el éxito que finalmente alcanzó este culto en Roma, se analiza el tratamiento del mismo que hace el autor del *Asno de oro*, cuyo mensaje habla de un contacto directo con la divinidad, de beneficios espirituales y también materiales, de la conquista, en suma, de la felicidad.

En Roma continuamos, ahora recordando la adopción por parte de Julio César en el 45 a.C. del calendario solar egipcio (Telo Ferreira Canhão, “A Timeless Legacy: The Calendars of Ancient Egypt”). César fue asesorado, en este asunto, por el alejandrino Sosígenes. En este capítulo se explica con detalle la división egipcia del tiempo y el funcionamiento y evolución de los diferentes calendarios (el basado en los ciclos lunar y solar y el basado en el orto helíaco de Sirio).

Dando un gran salto en el tiempo, hasta el s. IV d.C., el siguiente capítulo se dedica a la figura de Hipatia (Paula Barata Dias, “Hypatia and the Idiosyncrasies of Christianity in Egypt. A Study of the Events occurred al Easter 415 A.D. in Alexandria”). La dramática muerte de este personaje es abordada desde una perspectiva histórica y social, en concreto, en el marco de la situación de violencia, también religiosa, que afectaba a Alejandría en el siglo IV d.C. Se estudian en este capítulo las particularidades del cristianismo en Egipto, su compleja composición social y étnica, con una mayoría de cristianos pobres, procedentes del campo y de cultura y lengua coptas, y una minoría culta, de las ciudades, medio pagana, medio cristiana, unida por la tradición filosófica helenística.

Hipatia reaparece en el último capítulo (Carlos Gamas, “The great advances in mathematics in the context of alexandrian culture”) en el que se repasan los logros de la matemática en Alejandría. La mayoría de los matemáticos alejandrinos, se recuerda, eran a la vez geógrafos, mecánicos, astrónomos. En estas páginas encontramos a Aristarco de Samos, Euclides, Eratóstenes de Cirene, Arquímedes de Siracusa, y una larga lista de estudiosos hasta llegar a Teón de Alejandría, padre de Hipatia, ya en el siglo IV d.C. Con Teón, editor y comentador de los *Elementos* de Euclides, se cierra un ciclo y el final trágico de su hija sella, simbólicamente, el declive de la ciencia en Alejandría.

A modo de conclusión se presentan todavía dos textos más, el de la profesora Maria Helena da Rocha Pereira, “Between the Museum and the Library of Alexandria”, con interesantes reflexiones sobre esas dos grandes instituciones de la antigua Alejandría, y el de Sohair F. Wastawy, “Bibliotheca Alexandrina: Beginning anew”, dedicado a la Nueva Biblioteca de Alejandría, inaugurada en el año 2002.

El repaso de todos estos textos, a los que sólo podría hacer justicia alguno de los sabios alejandrinos citados más arriba, expertos en todas las ciencias y conocedores de todos los libros, hace evidente el interés del volumen y su enorme utilidad para quien quiera conocer mejor un momento brillante de la historia de la antigüedad como fue el de la Alejandría Ptolemaica. Es difícil hacer alguna crítica al contenido de este libro, del que tanto se puede aprender. Sin embargo, y a pesar de que está claro el intento de que la presentación del mismo estuviera a la altura, hay algunos defectos formales que lo deslucen. Así, en el capítulo dedicado a Euclides, la cabecera no corresponde al título del capítulo; o en el dedicado a Hipatia los caracteres griegos, en las notas, están completamente desconfigurados. Hay también algún problema con las ilustraciones, que no siempre están indicadas correctamente en el texto con su numeración; tampoco he visto en los capítulos las referencias a las imágenes que forman el apéndice final. En fin, en un libro de estas características hubiera sido muy de agradecer un *index nominum*.

Nada de esto, por supuesto, quita mérito académico a este volumen, una verdadera joya dedicada a la ciudad de Alejandría, a su Biblioteca y a su Museo.